

La muerte

■ La ciencia arqueológica nos ha revelado que, cinco mil años antes de Cristo, ya el hombre de Pekín estaba dedicado a enterrar a los muertos con una ceremonia ritual. Desde entonces y en cualquiera etapa del desarrollo histórico, el hombre ha ido dejando huellas de la reverencia, el temor y el respeto que la muerte le ha producido.

Las pirámides egipcias, las tumbas ornamentadas encontradas en Yucatán, los cementerios chibchas de la región del norte andino, la capilla de Enrique VII, en la Abadía de Westminster y el monumento que se alza en el Valle de los Caídos, en España, son unos pocos de los innumerables ejemplos del testimonio, a través de los tiempos y en las más diferentes culturas, de la reverencia que el hombre siente ante la muerte.

Y es natural que sea así. Si existe un común denominador que aúne al ser humano de todos los tiempos y todas las latitudes es su ineludible muerte.

La presencia de la muerte, sin embargo, es la que acicatea la actividad humana. Toda empresa humana es un intento de dar sentido a la vida redimiéndola de su aparente inutilidad por estar marcada por su fatal término. Otros, más ambiciosos, pretenden vencerla tratando de lo que ellos realizan sobrepase el período de su tiempo vital.

Sin embargo, en nuestra era, principia a advertirse un extraño fenómeno. A diferencia de otras épocas, la muerte no parece ser ya el obsesivo tema de poetas, escritores y artistas. El ceremonial que siempre acompaña al deceso de un pariente o un ser querido tiende a ser más expedito y sencillo. El luto que antes se imponía en toda la vestimenta y por un prolongado período pasó primero a exhibirse en una prenda cualquiera o en un brazalete para extinguirse casi definitivamente. El tradicional velorio de cuerpo presente en la casa del extinto, tiende a

ser reemplazado por un rápido traslado a iglesias o lugares especialmente destinados al efecto; de la carroza con caballos, lenta y señorial, se pasa al station wagon rápido y funcional. Los ataúdes ya no son solamente negros. Hay de todos grises y marrones y en algunos países más pragmáticos y desarrollados es ineludible que el cadáver, antes de ser expuesto a sus deudos, pase por expertos maquilladores que lo despojan del "rictus mortis" del que nos hablan los antiguos tratados de medicina legal.

Se dirá que todo eso es producto de la austeridad. Mi impresión es diferente. Creo que lenta y paulatinamente se ha ido produciendo una especie de depreciación de la muerte. De su constante presencia en el pensamiento y la reflexión de los hombres, la muerte ha pasado a ser algo obsceno, algo de lo que no se debe hablar, que hacerlo —como lo estamos haciendo en esta columna— es signo de mal gusto.

Nuestra época está empeñada en olvidar a la muerte, considerarla como un desagradable percance, más que una condición humana y, al hacerlo, se van perdiendo en el camino valores que son tan permanentes y consubstanciales al hombre como permanente y consubstancial es el morir.

Sumidos en estas reflexiones, pensé lo apasionante que sería realizar un estudio exhaustivo del valor que la muerte ha tenido en el desarrollo de la civilización del hombre, la forma como ella ha sido o reverenciada o pretendidamente eludida y le comuniqué mis inquietudes a un grupo juvenil interesado en la sociología y la antropología.

—¿Qué les parece tratar de realizar una investigación sobre este tema?, le pregunté al grupo.

La respuesta, llena de entusiasmo, fue espontánea:

—¡La muerte!

PARTIQUINO